

LA SEMANA SANTA DE CUANDO ÉRAMOS CHAVALOS

por

Enrique Bolaños Geyer

¿Te acordás Lila T de las semanas santas de cuando éramos chavalos? ¿Recordás Lila T, que en Masaya, igual que en el resto de los pueblos y ciudades del país, durante la Semana Santa no había “temporada de mar”, tal como se acostumbra hoy? En ese entonces la mayor parte de la población se dedicaba a asistir a los Oficios religiosos, a rezar las “Estaciones”, a concurrir en las procesiones, y las creencias religiosas no permitían que durante el Jueves, Viernes y Sábado Santo se pudiera correr ni jugar; no transitaba ningún carro ni coche, ni carreta, ni caballo, ni bicicleta por las calles; el tren no corría y el aire parecía no soplar, el país entero quedaba silencioso y paralizado y en algunos hogares ni siquiera encendían el fuego de la cocina... y todo ello porque “el Señor está en el suelo”; y en las Iglesias no se tocaban las campanas, sólo el sordo tableteo de grandes matracas, y todos teníamos que esperar a que llegara el tercer día cuando el Señor resucite, se levante y canten Gloria, cosa que era anunciada el Sábado de Gloria (que hoy se llama Sábado Santo).

A partir del primer viernes posterior al “Miércoles de Ceniza” y durante los seis viernes consecutivos hasta el “Viernes de Dolores” (último viernes antes del Domingo de Ramos), se celebran las procesiones de los “Vía Crucis” que aún salen a las once de la mañana de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción hasta la Iglesia del Calvario, rezando las 14 Estaciones de la Cruz —ahora son 15 al haber agregado Juan Pablo II la número 15: “Jesús resucita entre los muertos”. Cada estación está marcada con una cruz a lo largo del recorrido y en esta procesión salen a relucir todas las sombrillas y paraguas de Masaya para resguardarse del inclemente sol de verano del medio día.

A partir del “Miércoles de Ceniza” comienza “la Cuaresma” que era —y todavía es— el período de 40 días anteriores a la semana santa, recordatorio de los 40 días que Jesús pasó en el desierto en oración y ayuno antes de Su Pasión. Para los cristianos es un periodo de reflexión durante el cual ofrecemos ayunos y abstinencias en reafirmación de nuestra fe cristiana. Todavía en Brasil, el famoso “carnaval de Río” —fiesta profana indecorosa— tiene lugar antes de la cuaresma, en respeto a las tradicionales devociones religiosas del pueblo brasileño. Sin embargo, en este 2008 en Nicaragua a mitad de la cuaresma acaba de tener lugar un carnaval y un concurso de Miss Nicaragua, ambos eventos destacados en primeras planas de los medios con más desnudas que vestidas. Esto despertó en mi memoria los recuerdos de las semanas santas de cuando éramos adolescentes, sólo con la intención de dejarlas en blanco y negro.

Recuerdo que mis hermanos y yo esperábamos la llegada de la semana santa con alegría, también porque sabíamos que era una de las tres o cuatro veces al año que comíamos “petit pois”, que aderezábamos el arroz con salsa de tomate y teníamos postres enlatados: peras, duraznos, albaricoques; las otras veces eran para las fiestas de San Jerónimo, para navidad y quizás también una que otra vez para celebrar algún cumpleaños. ¡La salsa de tomate era entonces todo un lujo! El campesino acostumbraba comer sardinas enlatadas, de las que venían en latitas cilíndricas y en mi casa, al igual que en la tuya, gustábamos de la sardina marca “indioazteca”, para cumplir con la abstinencia de semana santa.

Muchas veces hemos comentado a los hijos y nietos, Lila T, de los preciosos arreglos de las calles para el pase de las procesiones en las semanas santas de entonces. Eran calles sin pavimento ni adoquines: de tierra, ¡de polvo!; era la Masaya que cantó Mario Cajina: “24 mil habitantes / Siete iglesias / Y un Santo / Avenidas de arena arrastradas por el invierno / Casas antiguas, medio Colonia medio Patria, con zaguanes / corredores, jardines, jazmines, flores. Polvo.” Era la Masaya donde “Robaleche de-onde Chu” (Emilio Amador) tocaba la “reseña” anunciando y señalando el recorrido que más tarde haría una procesión, caminando él mismo ese recorrido a la vez que redoblaba su tambor. Los chavalos de los barrios lo seguían. Él era el “reseñista” contratado por todos los mayordomos y mayordomas de las diferentes cofradías de

Masaya. Sólo recuerdo a los “negros Fajardo”, don Panchito Acevedo, al jovencito Taleno, minusválido, que conformaban las bandas musicales que entonaban magistralmente las marchas fúnebres especiales para procesiones.

En casi todas las calles donde pasaría una procesión, se regaba una gruesa capa de aserrín que formaba una alfombra de acera a acera que, una vez mojado por el riego que obsequiaban las “pipas”, despedía el rico aroma de la madera que me quedó grabado para siempre en la mente como el “olor a semana santa”. Cada vez que siento ese aroma de aserrín mojado, evoco los recuerdos de esas semanas santas de mi juventud. En el aserrín se teñían con anilinas diferentes figuras alegóricas que también se formaban con flores multicolores. A los lados de las calles donde pasarían las procesiones, se sembraba una valla de palmas, de matas de chagüite fresco, verde tierno; cocos colgaban de la valla en varas de bambú y el cielo de la calle, de acera a acera, se cubría con festones hechos de papel de china y “crepé”. No se usaba nada que no fuera producto natural (creo que ni siquiera se conocía el plástico) y en algunas bocacalles se instalaban altares mucho más elaborados, adornados con grandes racimos de corozo, cocos, mandarinas y abundante variedad de otras frutas que precisamente están de cosecha en la época de semana santa.

Los viajes al mar se hacían a partir de la Semana de Pascua y de la de Cuasimodo (las dos semanas siguientes a la Semana Santa), y de Masaya se iba a Casares, en carreta, venciendo los lodazales y atascaderos a partir de Diríamba, después del tres de mayo, “Día de la Cruz”, cuando casi siempre se iniciaban las lluvias de nuestros puntuales y copiosos inviernos de entonces.

¿Te acordás Lila T de cuántas procesiones había entonces en Masaya, durante la semana santa? Creo que todavía perduran casi todas las mismas de nuestra época de chavalos, y aún creo poder recordarlas todas quizás porque me parece que las anduvimos en esa Semana Santa del 41 □ cuando me cautivaste sentimentalmente para siempre. Creo que sólo en Masaya existe desde quién sabe cuándo la costumbre de llevar a bendecir a nuestros perros: El día de San Lázaro (el domingo antes del Domingo de Ramos) se engalana a los perros con todo tipo de adornos que en aquel entonces eran confeccionados de papel de china y “crepé” con ingeniosos disfraces hasta “de napoleón”, para llevarlos a ser bendecidos en la Iglesia Magdalena de Monimbó. Ese día, alrededor de la iglesia se vendían —se venden— los exquisitos y famosos dulces de almidón en forma de chivitos y otras formas alegóricas de ocasión.

La Semana Santa comenzaba —y comienza— el Domingo de Ramos con la tradicional procesión de “la burrita”, o “burriquita”, en la que la imagen de tamaño humano del Jesús de la Burrita o Jesús del Triunfo, de largos colochos, con gorro cardenalicio púrpura, tricornio, y vestido de túnica morada, montaba una burra pequeña y mansa que la familia de doña Chepita Ramírez, esposa de don Constantino Paniagua, criaba en sus potreros y que por décadas suministraba cada año para esa procesión. La burrita iba engalanada con un lazo de papel de china rojo en la cola y otros adornos más en su cuerpo. Actualmente Julito Ramírez, de más de 90 años de edad, continúa la tradición familiar de suministrar una nueva burrita para esa procesión.

El Jesús de la Burrita llevaba un pequeño manojito de palmas sostenidas por sus manos, y recorría las calles exquisitamente adornadas con palmeras, festones y chagüites, y entraba aún montando la burrita □ triunfante □ hasta el Altar Mayor de la Parroquia de la Asunción. No sé si todavía se usa que las palmas que sobran ese día, se queman y sus cenizas son las que se usan cada próximo “Miércoles de Ceniza” para recordarnos que “polvo somos y en polvo nos convertiremos”.

Desde niño recuerdo que doña Tina Carrión —pianista que ya de avanzada edad dejó de tocar su enorme piano de cola en el que al final llegaron a anidar las gallinas— guardaba todo el año la imagen de ese Jesús de la Burrita en su alcoba, contiguo a su cama, sentado en un trono presidiendo la recámara, cuya escena me

espantó la primera vez que la vi.

Por la tarde del Domingo de Ramos sale la procesión de la Virgen de Mercedes, llamada también “de los cautivos”, porque es la “patrona de los presos”, y caminaban en la procesión algunos promesantes vestidos de “cautivos”, encadenados, remeros de las galeras y pintados de sangre. El Lunes Santo: “La de las Ánimas” cuyo mayordomo era entonces don Augusto Cermeño Castrillo, miembro de la Orquesta Vega Matus, y que sus hijos han continuado cumpliendo con esa tradición familiar; el Jesús va vestido de blanco, coronado de espinas y sus manos van atadas por delante, acompañado en su misma carroza de niñas vestidas de ángeles y a sus pies otras niñas vestidas de ánimas que ardían en llamas simuladas de papel celofán rojo.

El Martes Santo... ¿Recordás Lila T que en muchas ocasiones te he contado de mi pesar porque la única procesión que pasaba por la casa de mis padres era la de San Pedro? Esta era la procesión más pobre en concurrencia, pompa y alegría entre todas las procesiones de Masaya. Era sosa. Cuenta la tradición que esta imagen de San Pedro la consiguió Monseñor Juan Bautista Matamoros de una Iglesia sin culto, de Managua. Ocultaba su calvicie con una mitra de cartón y la imagen era guardada en casa de las hermanas Juana María y Umbelina Gutiérrez □mayordomas de San Pedro□ quienes vivían en el Barrio Loco, en la esquina sur-oriental que queda a cuadra y media al sur del portón principal del Mercado de las Artesanías, sobre la Calle del Progreso. La imagen se guardaba en los aposentos de las señoritas Gutiérrez desde el Martes Santo hasta el 29 de Junio, día de San Pedro y San Pablo, cuando era devuelta, en procesión, a la Iglesia de la Asunción. En la década de los años setenta, la imagen se quemó en un incendio que destruyó totalmente la casa de las señoritas Gutiérrez con todo cuanto contenía. Era tradición de las hermanas Gutiérrez iniciar la procesión repartiendo a sus amistades que llegaban a su casa a acompañarlas en la salida de la procesión, un guacal de chicha de maíz: la famosa chicha-de-maíz de las Gutiérrez que algunos de sus amigos masayas (don Manuel Caldera a la cabeza) las bromeaban diciéndoles que la colaban en sus calzones. Ellas —santas mujeres— se sonreían en amistad ante la broma y la aceptaban con la genuina bondad que les caracterizaba.

El Miércoles Santo, para aplacar el polvo, concurrían las “pipas” a regar la calle del Calvario, alfombrada de aserrín y adornada con matas de chagüites, palmas y gigantes corozos que perfumaban agradablemente todo el vecindario. Desde temprana hora se abría (y aún se abre) “El Huerto” dentro de la Iglesia del Calvario donde se vendían, y aún se venden, los productos del agro que ofrendan los campesinos a esa parroquia. Durante todo el día la feligresía concurre a visitar y venerar la imagen del “Señor de los Milagros”: el Jesús yacente, expuesto a los pies del Altar Mayor al que las señoras devotas lo rocían con perfumes exquisitos y cuyos olores se mezclan fuertemente confundidos. Por la noche, de la Parroquia de la Asunción sale la Procesión de la Virgen del Carmen, (cuyos mayordomos eran don Enrique García y doña Candidita Fuentes Prado) y detrás de la Virgen le seguía otra “anda” con una niña, vestida de ángel, llevando en sus manos un velo blanco, de novia, generalmente donado por alguna recién casada.

El Jueves Santo, según me lo explicaba tu tío Fernando, era quizás el día más grande e importante de la Semana Santa: La institución de la Eucaristía. A las ocho de la mañana se celebraba la “Misa Mayor, de revestido”, acompañada por la orquesta de Ramiro Vega quien tocaba la música sacra compuesta por su padre, Alejandro Vega Matus. La gente se ponía sus mejores “estrenos” (al igual que para el Domingo de Pascua o Resurrección), y se confeccionaban “huertos” arreglados con corozos, cocos y frutas. Aparecían colgados en diferentes partes de la ciudad y del campo los muñecos disfrazados de Judas ahorcado. Lo disfrazaban de todas formas y algunos mostraban una larga lengua morada, hecha de flor de plátano.

Durante todo el Jueves Santo, se visitaban los «monumentos» que simbolizaban el encarcelamiento de Jesús encerrando el «Sagrario» en un altar especial llamado «el monumento». Durante la visita se rezaban las «estaciones», que no es el «vía crucis», sino una devoción a las cinco llagas de Cristo. Las niñas Traña,

enseñaban estas «estaciones» rezando en la iglesia cinco padrenuestros y cinco avemarías para cada llaga; luego el cortejo salía al atrio por la sacristía y entraba por las puertas laterales para repetir este rezo las 5 veces de las 5 estaciones. En las puertas laterales, dos damitas sentadas en una silla golpeaban una monedita contra una bandeja de plata o de cristal puesta sobre una mesita, y con ese tic, tic solicitaban limosna para las misiones del mundo. Por la tarde, el párroco Juan Bautista Matamoros, en los Oficios lavaba los pies a seminaristas y feligreses varones tal como Jesús lo hizo a sus discípulos; y a las once de la noche, “la Procesión del Silencio” en la que la imagen de “Jesús del Silencio”, vestido de blanco, vendado sus ojos con un pañuelo blanco y sus manos atadas por delante, coronado de espinas, recorre el derredor del parque central en respetuoso silencio de oración, roto sólo por el pregón del clarín tocado por el “clarín Brenes”, sargento de la Guardia Nacional.

El Viernes Santo, a las tres de la tarde en la Parroquia de la Asunción un orador sagrado, con frecuencia un jesuita, predicaba las “Siete Palabras” y en general su elocuencia e inspiración hacían mover los corazones, además de las nalgas porque, ¡qué calor de verano! y de iglesia rebasada de feligreses despidiendo calor y sudor durante el par de horas que duraba ese sermón. Las ventanas tampoco dejaban entrar aire porque estaban cubiertas de «ojoche». Al finalizar el sermón, salía la procesión del Santo Entierro escoltado por niños disfrazados de «soldados romanos» cabalgando en caballitos de madera y otros de pie, todos portando lanzas y espadas. Esta procesión caminaba alrededor del parque central, giraba a la Calle del Progreso, continuaba hasta el Parque de San Jerónimo para regresar y regresaba a la Iglesia de la Asunción por la Calle Real. Por la noche, otra Procesión del Santo Entierro, la del Señor de los Milagros —la del Calvario o la del pueblo, es decir, de los comarcanos, de los mestizos, de los indígenas de Monimbó— que los hermanos Abaunza Espinoza (tu papá y tíos, Lila T) devotamente cargaban en la primera cuadra esa pesada “anda” que partía de la Iglesia del Calvario y que concluía hasta la mañana siguiente porque recorría toda la noche diferentes barrios de la ciudad con un multitudinario acompañamiento.

El Sábado de Gloria (hoy llamado Sábado Santo) se celebraba la Resurrección del Señor en la Misa solemne de las nueve de la mañana —misa de revestido con el pregón pascual—, con jubiloso repique de campanas, mucha pólvora, carga cerrada y cohetes. La creencia popular nos decía entonces que si en ese preciso momento de la Resurrección del Señor, los jóvenes corrían, entonces esto les ayudaría a crecer. De joven, yo corría cada año y ya ves que no me resultó. Pío XII cambió la hora de esa Misa de Resurrección de las nueve de la mañana a la media noche del mismo día sábado y entonces durante el atardecer se llevaba a cabo la procesión de “La Dolorosa” en la que en un “anda” iba la imagen de la Virgen vestida de luto, más parecida a una monja, que recorría las calles en dirección contraria al recorrido de la procesión del Santo Entierro.

El Domingo de Pascua o Resurrección —el día más importante de la Semana Santa porque Cristo ha triunfado sobre la muerte—, además de la misa solemne, de revestido, acompañada de la orquesta de Ramiro Vega, había la “Procesión del Encuentro”: El Cristo resucitado montado en “anda” y acompañado de una banda musical y gran público, salía de la iglesia Magdalena caminando a paso lento hacia la Parroquia de la Asunción; a la vez, la Virgen en su “anda”, también con acompañamiento de feligresía y otra banda musical, salía de la Parroquia de la Asunción avanzando hacia la Parroquia Magdalena hasta encontrarse con el Cristo resucitado. Mientras tanto, una niña vestida de ángel montada en otra “anda” caminaba a paso rápido desde el lugar donde se encontraba la Virgen hasta encontrarse con el Cristo resucitado, le saludaba con una reverencia y daba la vuelta para regresar a encontrarse con la Virgen a la que saludaba con otra reverencia y nuevamente giraba para regresar a encontrarse otra vez con el Cristo resucitado para repetir este ciclo tantas veces hasta que, al acortarse la distancia, el Cristo, la Virgen y el ángel se encontraban en un solo sitio: “el Encuentro”, celebrado con gran júbilo, morteros, carga cerrada, música triunfal y las tres “andas” eran sacudidas en sube-y-bajas simulando una danza celestial. Se marca así el fin de la Semana Santa.

Es todo cuanto logro recordar — El Raizón 10 de Marzo de 2008